

Tres Momentos hacia la Esperanza

Aureliano Castillo León

Desde el Fondo de la Lluvia - Tierra de Gigantes - Ángeles
Enfermos

Diciembre 2010 - Abril 2011
Registro ante INDAUTOR:
03-2014-111310012500-14

menelion89@gmail.com
Tel. +52 55632267
Cel. +52 5539330663

Reparto de Personajes

1.- Desde el Fondo de la

Lluvia:

Él:

15 años. Su pierna y brazo derechos están parcialmente inmóviles. Sufre alguna especie de deformación física.

2.- Tierra de Gigantes:

Un Cadáver:

Hombre Adulto.

Rubén:

Hermano menor de Lucía.

Darío:

Novio de Lucía.

Lucía:

Adolescente. Huérfana de madre.

3.- Ángeles Enfermos:

Clara:

La Hija Enferma

Alba:

La Madre

Diana:

La Hermana

Blanca:

La Abuela

PRIMER MOMENTO: DESDE EL FONDO DE LA LLUVIA

*Para Stéphane Longestay, después del Final.
(18 al 31 de Diciembre del 2010)*

Un Campo de Batalla.

Escena Primera

Llueve. La escena está en penumbra, iluminada brevemente por algún relámpago. A lo lejos se escuchan disparos; cada vez menos y más lejos. Oscuridad. Un grito desgarrador. Junto con un gran estruendo (¿detonación? ¿trueno?) la lluvia cesa y la escena se ilumina mostrándolo a Él, empapado, débil, con la mirada perdida en el piso. Solo.

ÉL:

(Débilmente)

Fueron estos dedos los que la mataron... Era necesario; no se podía hacer más. Ella lo sabía, ella lo decidió. Fue por su bien, por el nuestro, por nuestro bien.

(Transición)

Cuando era niño, mi madre cantaba cada que llovía, nos despertaba cantando a mi hermano y a mí, nos acostaba cantando. Mi madre... mi madre hubiera sido cantante de no haber existido la guerra. Esta guerra que no se acaba, esta guerra que no termina de matarnos a todos. Esta guerra que nos lleva a cachos.

(Transición)

Ma, tengo sed... ¿cuándo se va a acabar la guerra?

-Pronto, pequeño... pronto. Cuándo el Río Suene.

Pero mami, tengo mucha sed. ¿Cuándo empezó?

-Nadie sabe, mi amor... hace poco.

Pues yo tengo sed, quiero que se acabe ahorita.

-A ver si ya te callas, mocoso, todos tenemos sed.

TODOS.

-Deja a tu hermanito en paz... ¡Ya, déjalo! ¿No ves que está asustado?

Pero mami, no tengo miedo.

(Pausa)

Tengo sed.

(Transición)

Toda nuestra agua había desaparecido junto con papá, sólo teníamos las pocas veces que caía una poquita del cielo. Mamá decía que el agua regresaría, junto con papá, cuando la guerra acabara... por eso cantaba cada que llovía. Cantaba para que el río volviera a llenarse y a sonar, para que los pozos rebosaran líquido otra vez. A mí sus canciones siempre me gustaron mucho; mi

(Más)

(MÁS)

ÉL: (continúa)

hermano fue el que dejó de escucharlas.

Él era unos años mayor que yo y un día dejó de escuchar las canciones de mamá; se desesperaba pensando otras muchas cosas. Su mente estaba siempre dando vueltas, disparando ideas a diestra y siniestra, cómo el tambor del revolver calibre .44 que papá se llevo a la guerra cuando se fue. Mi hermano era violento; se sentía invencible. Cómo si esa guerra fuera su destino.

(Pausa)

De los dos era él quien tenía que luchar; con mi brazo así, es imposible que yo tome un arma. El único defecto de mi hermano era un lunar peludo en la base del cuello. Él creía que la diferencia entre ganar o perder la guerra era que él participara... Sin embargo, pasaba mucho tiempo pensándolo, le daba vueltas al asunto.

(Pausa)

Tenía que dilucidar quién peleaba contra quién.

Transición. Espasmodicamente su cuerpo comienza a transformarse. Se escuchan nuevamente los disparos, ahora cada vez más cercanos y abundantes. Una explosión lo catapulta al suelo, se levanta y corre por el espacio con un rifle imaginario. Pelea, grita ad libitum, muere, se levanta de nuevo, se queda sin balas, etc. La guerra lo rodea y él es la guerra. De pronto levanta las manos, asustado. Los disparos van decreciendo mientras habla.

ÉL:

Me rindo, me rindo... tengo mucha sed. Por favor, agua. Me rindo, me rindo... quiero ir a casa. Quiero ver a mi mamá. Por favor, ella está sola con mi hermanito. Me rindo, me rindo... que regrese el agua, por favor.

Un único disparo atronador lo derriba.

Escena Segunda

Silencio.

Sin levantarse del piso, su cuerpo vuelve a ser el suyo, con su brazo rígido.

ÉL:

No volvimos a saber de él. Mi hermano y su lunar peludo del cuello se fueron con mi padre, cómo el agua. Lejos y para siempre. Mamá lloraba cada mañana, cada tarde, cada noche, todos los días. Pero cuando llovía... cuando llovía cantaba más fuerte que nunca. El canto salía de sus entrañas...

Se pone en cuatro patas y aúlla.

(MÁS)

ÉL: (continúa)

Lena llegó con un hijo, mi hijo, en el vientre, unos meses después de que mi hermano se hubiera ido a la guerra, a "ganar" la guerra de la que ya nunca regresó. Nunca supe más de él...

De la que sí supe más, mucho más, fue de Lena.

Escena Tercera

Ambiente diferente. Él saca agua de un pozo imaginario, acción que se escucha, con la mano buena.

ÉL:

(Agitado)

El día que conocí a Lena, debíamos tener ocho años ella y yo... mi hermano tendría unos diez. En esa época, mi padre aún no se iba, quedaba poca agua en el pozo; la guerra era un asunto lejano, de otras latitudes. Mamá me había mandado por una cubeta con agua. Yo había desarrollado esta técnica en la que sólo era necesaria una mano para sacar el agua. Se le da un fuerte jalón a la cuerda, se le suelta y rápidamente se le vuelve a agarrar. Todo consiste en la fuerza del brazo y en la velocidad con la que se vuelve a tomar la cuerda. Hay que presionarla con fuerza porque si no, quema...

Suelta la cubeta al distraerse con algo fuera del escenario.

ÉL: (continúa)

-Se te calló el agua, niño.

(Percatándose)

Ay... mi agua. ¿Qué te da tanta risa... niña?

-Tú. ¿No te duelen el brazo y la pierna? Porque se ve raro.

No, siempre ha estado así. Mami dice que es especial, que soy especial. Diferen...

-Pues yo pienso que eres raro.

Pues tu también eres rara. Y aparte...

-¿Quieres jugar conmigo?

¿Eh...?

(Transición)

Creo que me enamoré de Lena ese día. En el instante en que dijo: ¿Quieres jugar conmigo? Su voz, su pelo. Sus manos cuando me ayudó a sacar agua del pozo.

Ese día jugamos entre los árboles, ese día, supe lo que era ser amigo de alguien. Sí, ese día me enamoré; ese día por primera vez supe que es ser tratado cómo a un igual, que no te vean con lástima o con asco.

Se escucha una descarga de ametralladora.

(MÁS)

ÉL: (continúa)

Ese día... la guerra nos alcanzó. Corrimos a nuestras casas. ¡¡¡¿Cómo te llamas?!!!

-¡¡¡LENA!!!

Cómo pude, cojeando, corrí, corrí, corrí... feliz, preocupado, sonriente, asustado, corrí. Corrí hasta llegar jadeando a casa, la cubeta se me había olvidado entre los árboles. Se llama Lena. Las descargas estaban por todos lados y ella se llamaba Lena, las calles estaban llenas de humo y gente, viva, muerta, Lena... gente tirada, gente corriendo, gente que llora. Llenas de Gente, llenas de Lena.

Me detuve en seco al llegar a la calle de mi casa, adoquinada. Mi casa era el principio de la calle, o el final. Allá la veía yo, lejos, frente a mí, entre el humo denso de los gritos que asomaban por entre las otras casas. Tomé una bocanada de aire y corrí de nuevo. Un último esfuerzo, aceleré sintiendo el calor de la batalla cercana, de la batalla por todos lados, de la batalla el aire. Por la ventana me pareció ver alguien dentro de mi casa, aceleré, a penas podía sentir mi brazo malo y mi pierna que rengueaba, la puerta de la casa se abrió ante mí; con un último esfuerzo me lancé hacia adelante y entré barriéndome a la sala. Mi hermano, con su lunar peludo tras el cuello, atrancó la puerta tras de mí y se tiró al suelo conmigo, justo en el instante en que cinco balas impactaban en la madera, casi penetrándola.

¿Dónde están mamá y papá?

-En su cuarto, mamá en su cuarto, en el suelo. Ahora debemos quedarnos en el suelo, mocoso. ¿Dónde estabas?

¿Y el agua?

Conocí a Lena, ella vive cerca, me invitó a jugar, luego los disparos, corrí...

-¿Dónde está el agua, mocoso?

Creo... creo que olvidé... la cubeta.

Llora. Transición.

ÉL: (continúa)

Esa noche papá se fue... Al día siguiente amaneció lloviendo y mamá cantaba. Cuando pudimos salir y fui a buscar la cubeta, la encontré vacía. Se había secado... igual que el pozo.

Escena Cuarta

ÉL:

Así pasaron los años, refriegas por todos lados, hombres que desaparecían de las casas, las reservas de agua que no alcanzaban a llenarse con la escasa lluvia. Sin embargo, Lena y yo encontrábamos momentos para encontrarnos, en el bosque, cerca del río seco... Poco

(Más)

(MÁS)

ÉL: (continúa)

a poco nuestros juegos fueron convirtiéndose en largas pláticas; nos la pasábamos horas sentados hablando de lo que fuera. De su familia, de la mía, de nuestros padres desaparecidos. Un día la llevé a mi casa.

Tendríamos unos catorce años, ella y yo... mi hermano debía tener cerca de dieciséis.

-¿Quién es ella, mocoso, tu novia?

-Me llamo Lena, somos amigos, él y...

Yo los observaba, algo estaba pasando ahí. No sabía bien qué, pero nunca había visto el cuerpo de ella moverse de la manera en la que lo hacía, ahí, parada frente a mi hermano con su perfección y su lunar peludo en el cuello y... "te dije que la había conocido el día que se secó el Pozo, ¿te acuerdas?"

-Ah, entonces eres "esa" Lena. Bueno, pues cómo jefe de la casa te digo que, puedes venir cuando quieras.

-Gracias, vivo algo lejos, y cómo están las cosas... vendré, ya habrá tiempo.

En ese momento ella se agarró de mi brazo malo y apretó, apretó, apretó hasta que el brazo inmóvil e insensible comenzó a dolerme. Había algo raro en su contacto. Cuando mi hermano se fue a seguir con lo que hacía, Lena me soltó y sin decir más salió corriendo de la casa. Yo me quedé sin entender nada de nada.

El agua de las reservas se acababa a velocidades impresionantes, a veces por uso, a veces simplemente amanecía seca, cómo el río, cómo los pozos. Ahora Lena y yo no nos encontrábamos afuera, cada que podía, venía a la casa e intentaba evitar a mi hermano.

(Pausa, piensa)

Yo creía que era porque su lunar peludo del cuello le daba miedo... Varias veces la sorprendí cerca de la casa, esperando en algún callejón. Yo pensaba que se detenía, agitada cómo la encontraba, en aquellos lugares para tomar aliento después de correr de su casa a la mía. Poco a poco dejamos de frecuentarnos.

(Piensa)

Extrañamente, entre menos nos veíamos, más solía encontrármela cerca de la casa. Un día, incluso me pareció escucharla discutir por los rincones con alguien, cuya voz me era muy familiar. No entendía bien qué decían. Algo de huir y algo de cobardía o deber. No escuché bien, tenía prisa. No había llovido y necesitaba conseguir agua con los vecinos.

(Pausa grave)

Un día, Lena vino a verme de nuevo.

-Tengo que hablar contigo.

"Claro, acompáñame y me cuentas." Pasaron horas y nunca logró decirme lo que quería. Ese día ningún vecino pudo darnos agua. Tendríamos que aguantar. Regresamos a la casa. Lena solo atinó a tomarme del brazo malo y a llorar en mi hombro.

(Más)

(MÁS)

ÉL: (continúa)

Entramos y estalló la batalla. Mamá lo dispuso todo para que Lena se quedara en casa esa noche, la batalla no cedía y a ella no le quedó más remedio que aceptar; era mejor que sus padres pasaran una noche de angustia, y la vieran llegar al día siguiente, que arriesgarnos a que nadie volviera a verla nunca.

(Pausa Larga, recuerda)

Esa noche tuve fiebre, mucha. No había tomado agua en todo el día. Deliraba de sed entre sueños, escuchaba voces, cuchicheos, sentía que la cama que compartía con mi hermano se movía cómo si fuera de agua, sentía extraños alientos cerca de mi cuerpo, escuchaba voces, todo era tan extraño que no sabía si estaba durmiendo, pero no quería abrir los ojos por temor a encontrarme con aquellos monstruos que torturaban mi noche, escuchaba voces. Voces.

(Pausa)

Al despertar Lena se había ido de la casa. Esa mañana llovía. Mamá logró bajarme la fiebre con compresas frías mientras cantaba. Lena había vuelto con sus padres y mi madre cantaba.

En esa época mi hermano había comenzado a salir con "Los Chicos". Eran un grupo más o menos de su edad que se reunían aún después del toque de queda y hablaban horas sobre quién sabe qué. Ese día, después de aquella horrible pesadilla de alucinaciones, que tuve por la sed, mi hermano y su lunar peludo se fueron a acabar con la guerra, según él. Ya había dilucidado quién peleaba contra quién. Mi hermano se fue con "Los Chicos" y no volvimos a saber de él.

Escena Quinta

Sale de escena. La luz se vuelve tenue. Cuando reaparece su corporalidad es distinta. Sus manos y piernas tienen movilidad completa. Sus movimientos son delicados.

ÉL:

(Dulcemente)

¿Estás dormido?

Se baja los tirantes imaginarios de un camisón y levanta los brazos para que caiga al piso. Frota sus piernas una contra la otra y avanza hacia el frente. Se escuchan descargas de metralla y detonaciones a lo lejos.

ÉL: (continúa)

(Ídem)

Te extraño.

(MÁS)

Abre las piernas y baja su torso. Casi toca el suelo. De pronto, un espasmo sacude su cuerpo y comienza a mover la cadera de manera acompasada. Luz de explosiones remotas ilumina el espacio. Sus manos se aferran su cadera mientras su cuerpo se endereza y su cabeza se arquea hacia atrás.

ÉL: (continúa)

(Con la respiración entrecortada)

Te extraño.

Poco a poco llega al orgasmo. Se escucha una explosión lejana. Su corporalidad vuelve a ser la de siempre lentamente, vuelve a ser él. Está de pie, agitado. La luz aumenta su intensidad.

ÉL: (continúa)

Estuvo conmigo hasta el amanecer. Me costó trabajo dejar de pensar que era un sueño; Lena ahí, conmigo, a mi lado, desnuda cómo la había soñado tantas veces. De cualquier modo se fue. Conforme los días pasaban todo aquello comenzó a parecerme realmente un sueño, una treta de mi mente. Poco a poco dejé de pensar en ella. Pasaban los meses y mi hermano no regresaba, cada vez era más obvio que, cómo los meses, pasarían años, que se había ido igual que papá, para no volver. Fue entonces cuándo mamá dejó de mandarme fuera de la casa; no iba a dejar que la guerra le quitara otro hombre. Ella comenzó a salir en busca del agua. La que tocaba las puertas de los vecinos era ella. Todos hacían lo mismo. La vida del pueblo era un constante trueque de cubetas y recipientes llenos de agua, o vacíos de ella, para esperar a que lloviera. Las conversaciones se centraban al rededor de cuantos litros había juntado cada quién, los robos eran de agua, los castigos eran de sed, y mientras tanto la guerra siguió y siguió. Todas las noches escuchaba a mamá desde su cama...

-Cuando el Río Suene. Son fuertes y valientes, mis hombres perdidos, fuertes y valientes. El agua los devolverá, porque son buenos, porque son míos. La guerra me los quitó y el agua me los traerá, cuando vuelva el agua. Cuando el Río Suene.

La pobre mamá. Yo había dejado de creer en el agua, en sus canciones. Sin embargo nunca dejé de escucharlas, aún cuando las cantaba llorando de impotencia y de cansancio desde su cama.

Faltaban pocas semanas para que cumpliera quince años el día que salí a escondidas de la casa. Creía que podía hacer algo útil, tal vez no podía luchar por terminar la guerra, pero podía encontrar el agua al final del río. Esa madrugada llovía y mamá seguía dormida, estaba débil hasta para cantar. Eso fue lo que me hizo salir.

Fui a buscar el agua, le dejé en una nota.

(MÁS)

Se abraza a sí mismo, hace frío. A lo lejos se escuchan las metrallass y pistolas. Una que otra explosión lejana. Camina sin rumbo, buscando. Olfatea. Poco a poco se cansa. Sigue caminando, ahora monótono.

ÉL: (continúa)

Río arriba y río abajo no había más que un lecho seco. Al llegar al final encontré tubos de concreto que se perdían entre las piedras y la tierra. Dentro podía escuchar el agua corriendo, más allá de los tubos, campos quemados, sembrados de cadáveres. ¿Serían dos de esos mi padre y mi hermano? Fue inútil cualquier intento de romper aquellos tubos grises que aprisionaban nuestra agua. La retenían. Mamá cantaría en vano toda su vida.

Dos semanas me tardé en seguir el lecho del río seco cómo pude, y semana y media en volver, rengueando, con mi pierna mala. Nunca había caminado tanto. En ese tiempo llovió a penas lo suficiente cómo para que llenara la pequeña bota que había llevado y no muriera de sed.

(Pausa Larga)

Al llegar, en casa estaba mamá... Y Lena.

(Pausa)

embarazada

(Pausa)

de mí

(Pausa)

según lo que ella nos dijo... Lena cargaba una enorme panza.

(Pausa)

Mamá estaba tan contenta, tan emocionada, que no le importó que me hubiera ido semanas. Estaba feliz. La vida le devolvía algo de lo que la guerra le había quitado; tal vez pronto regresara el agua. La pobre no tenía idea, y yo no iba a decirle.

¿Yo? Yo era horrible, deforme, con una mano inútil y una pierna tiesa, tenía quince años y pronto... un hijo. Comenzaba a llover.

Mamá dijo que lo prepararía todo y salió. Salió a cantar las noticias por la calle; cantó fuerte, cómo nunca, para que su canto llegara al cielo, al fondo de la lluvia. Cantó y cantó... y no escuchó las alarmas, ni las turbinas. Ni escuchó el silbido inconfundible de la muerte que se acerca desde el cielo. Ella cantaba, era una con la lluvia, la lluvia cantaba con ella.

(Pausa)

Debe haber caído muy cerca de mamá, en la plaza; nunca la encontramos.

Se escucha una explosión estruendosa que ilumina la escena. El estruendo lo abate.

Escena Sexta

Su expresión se descompone. Él decae. Su tono se pierde en la inmensidad del dolor.

ÉL:

Llovió durante un mes. Su voz podía escucharse desde el fondo de la lluvia. Como si durante todos los años que le cantó a la lluvia, ésta se hubiera aprendido su canción...

(Pausa)

Y ahora las gotas la cantaban. Tal vez por eso su pérdida fue soportable. Cantaban las gotas desde el fondo de la lluvia; gota a gota, la voz de mi madre hizo eco en nuestros oídos todo un mes. Llovió durante un mes... Durante un mes y, sin embargo, fue casi imposible recolectar agua. A penas la poca que cabía en nuestros recipientes, cada vez más viejos, algunos incluso agujerados. Casi imposible recolectar agua; la guerra había recrudecido. Ahora las batallas no eran sólo afuera en los campos, la guerra había terminado de entrar a nuestras casas. Tantos años de comulgar bajo la doctrina de la lluvia y la escasez de agua, compartiéndola y siendo todos conscientes de la necesidad ajena y ahora... ahora el pueblo, masacrado por las bombas, es también víctima de su propia gente, recipientes robados, pleitos en plena calle... la interminable lluvia terminó por volverlos locos y ahora nuestro pueblo mismo es un polvorín, sucursal de la guerra desmedida de ust... de los de afuera. Todos empezamos a desconfiar de todos. Por eso, durante ese mes de lluvia, cada casa logró juntar solamente tanta agua como recipientes tuviera. Nosotros no teníamos muchos. La mayor parte de nuestra lluvia se desperdició en los suelos y tejados.

(Pausa)

Poco a poco la intensidad de la lluvia, aunque nunca de la guerra, fue disminuyendo, y con ella el eco de la voz de mamá fue desapareciendo. Poco a poco su presencia terminó de abandonarnos conforme la lluvia se fue yendo. Nunca tuvimos oportunidad de llorarla cómo se debe. Sin haberla encontrado, sin poder salir de casa, improvisando receptáculos para el agua y escuchando su voz, nos fuimos acostumbrando a su partida. Y a parte...

Comienza a escucharse, lejana la batalla.

ÉL: (continúa)

-¡Aaaarrghhhh! Ffff, ffff... ¡Cómo duele!

Tranquila, Lena. Respira... respira. Ya casi, ya casi, no pasa na...

-¡Cállate y no me digas que no pasa nada! Ffff...

(Más)

(MÁS)

ÉL: (continúa)

Me callo, Lena, me callo. Pero tú sigue... haciendo lo que sea que estés haciendo.

-¡No ayudas!

Lo sé, lo sé... perdón. Pero afuera está horrible, nadie más iba a poder venir, créeme.

-¡Lo sé, lo sé! Pero es qué... ¡Aaaarrrrrggggghhhh! ¡CÓMO DUELE! Ffff, ffff...

De pronto se oye el llanto de un bebé.

ÉL: (continúa)

(Sorprendido)

Es hermos-a, es hermosa, Lena. Es una niña... es idéntica a ti y tiene... tiene un...

Se lleva instintivamente la mano a la parte de atrás del cuello.

ÉL: (continúa)

Un...

(Transición. Dejan de escucharse la batalla y el bebé)

Durante años admiré a mi hermano mayor. Siempre fue mi ejemplo. Siempre. Lo admiré, aún cuando se fue a la guerra. Lo admiré tanto que no noté cuando...

(Pausa)

Siempre fue mi ejemplo y yo no... No me di cuenta si no hasta...

(Pausa, aclara sus ideas)

Ahí estaba yo, con... "mi hija" en brazos mientras su madre se reponía, alguien que escuchó los gritos fue a ayudar. Yo acababa, acabo hace no mucho, de cumplir los quince años. Y entonces entendí... recordé aquella pesadilla el día que no conseguimos agua, mi fiebre, el calor, los cuerpos, las voces. Y aquellos momentos antes, los cuchicheos por los callejones, Lena, que no evitaba a mi hermano, si no a mí, cerca de la casa. La presión que hizo ella sobre mi brazo malo el día que se conocieron... Recordé todo, ahí, entonces era era obvio. Pensaba en lo maravillosa que había sido la noche que pasamos juntos, y en lo hermoso que era que ella me hubiera buscado. Ahora sabía por qué lo había hecho... justo después de la partida de mi hermano.

(Pausa)

Yo, el deforme de la mano y la pierna tíasas, sosteniendo en brazos a una pequeña hija que había heredado el único defecto de su padre, del verdadero; Un lunar peludo detrás del cuello. Una pequeña imperfección que... Durante un instante no pude ni reaccionar.

(Pausa, piensa, se calma)

Al final era sólo eso, una pequeña imperfección, una pequeña mancha en la belleza de... mi hija.

(MÁS)

(Pausa)

Me callé la boca, por supuesto.

(Pausa grave)

Ese día, nuevamente y por mucho tiempo, dejó de llover.

Escena Última

Imagina a su hija en sus brazos. La arrulla, le sonríe.

ÉL:

(A la bebé imaginaria)

Somos fuertes, ¿verdad, amor? Y aguantamos así, con poca agua, si ya lo hemos hecho por años, ¿por qué ahora no? Vamos a aguantar unos días más, ¿si? Mami está preocupada, pero no vamos a llorar, no. Vamos a darle espacio para que se calme. Vamos a racionar el agua... y vamos a cantar, chiquita. Cómo hacía la abuela, vamos a cantar para que vuelva el agua y nos traiga a los que se fueron. A nuestros hombres perdidos, a la abuela... Vamos a cantar para que vuelva a llover, ¿verdad, hermosa?

(Pausa)

¿Verdad?

Pausa. La imagen de la bebé se desvanece en sus brazos.

ÉL: (continúa)

(A público)

¿Verdad?

(Pausa Larga)

Pero nada volvió. Ni siquiera la lluvia, ustedes saben... esa escurridiza lluvia que juega con nosotros, que viene cuando quiere y se ríe en nuestras caras. Esa lluvia que decide cuando traer y llevarse el el canto de mamá. Esa... esa no regresó. Y el agua poco a poco se fue acabando, y nuestros vecinos poco a poco se fueron acabando... y el pueblo poco a poco se fue acabando.

(Pausa, llora)

Y mi niña, la hija de mi hermano y la mujer a la que amaba, mi hija... poco a poco se fue acabando.

(Pausa)

De sed, de guerra, de odio ajeno, todo lo que había a nuestro alrededor fue acabándose. La gente mataba a la gente por la poca agua que quedaba. Los recipientes amanecían secos o eran robados por las noches. El agua se esfumaba y no había racionalización que alcanzara.

(Pausa)

Cuando la niña se fue, la llevamos hasta el lugar dónde nos habíamos conocido y bajamos su cuerpo seco con mi vieja cubeta seca hasta el fondo seco del antiguo pozo.

(Más)

(MÁS)

ÉL: (continúa)

Después de eso, Lena también se fue secando, pero de otra manera. Por gracia o por desgracia, nuestros organismos se habían acostumbrado a la escasez de líquido. No, no era el agua lo que la secaba. Lena, igual que yo, lo había perdido todo con esta guerra... Bueno, no igual que yo; en ese momento, yo la tenía aún a ella.

(Pausa)

Al regresar a casa, una de las últimas veces que salí, no hace muchos días, sin esperanza alguna, a buscar gotitas de agua que se escondieran por los rincones del derruido pueblo, la encontré afilando un viejo cuchillo de carne, sus ojos estaban vacíos, secos de vida, secos de agua y secos de Lena.

-Que tonta, pensé que ibas a llegar más tarde...

¿Qué haces, Lena?

-Pero qué tonta, lo pensé... cómo si no supiera que no hay agua que buscar ya en ningún lado y yo...

¿Para qué es el cuchillo, Lena?

-No esperes una respuesta cuerda de mí, de eso no me queda nada. Él se fue, yo me quedé... La pequeña, nuestra hija, se fue, yo me quedé...

Lena, nuestra hija...

-¡Nuestra hija! ¡Nuestra!

Pero, Lena, yo... Quisiera poder... haber podido, haber sido yo... Lena, te amo.

-¿Prefieres hacerlo tú? Yo ya lo decidí, está hecho de todos modos. Estoy más muerta que viva ya. Pero dime...

¿Vas a hacerlo? ¿eh? ¿vas a hacerlo? Me amas, ¿no?

¡¿Vas a hacerlo?! ¡¿VAS A HACERLO?!

Él corre cojeando, se lleva la mano buena a la cabeza, la otra se bambolea arrastrada por el resto del cuerpo.

ÉL: (continúa)

(Gritando al correr)

Y lo hice, lo hice... aventé lejos el cuchillo y usé mis dedos. De pronto todo el dolor guardado, toda la perdida, toda la sed, todo el rencor y la envidia, todo el miedo, toda la frustración y la impotencia de ser el observador pasivo de una guerra que ni me incumbe, ni me importa, ni entiendo, pero que se lleva todo lo que quiero sin que pueda hacer nada, toda la rigidez de mis extremidades enfermas y deformes... todo eso vino a mí.

(Se detiene, agitado)

La tomé con la mano buena por el cuello y apreté, y apreté, y apreté. Ella a penas me veía. Tal vez estaba sonriendo, tal vez... no sé. Dejé de apretar cuando sentí la piel de su cuello volverse una masa informe bajo mis dedos. Entonces la solté, la solté y salí de ahí.

(MÁS)

(Pausa)

Caminé días enteros; vagaba entre las ruinas. Lloraba, lágrimas secas. Lágrimas de ardor, de polvo. Lamía agua puerca de los charcos viejos y ensangrentados y dormía dónde la noche me encontraba. Dormía y soñaba con tubos, tubos gigantes y grises... y dentro de esos tubos escuchaba el agua, el agua robada, el agua desaparecida, el agua asesina; el agua que corría dentro de esos tubos. Al despertar recordaba mi viaje de hacía meses río arriba, cerca de lo que entonces era el viejo campo de batalla. Lo más rápido que pude regresé a aquel lugar. Cada noche soñaba lo mismo, los tubos grises y gigantes, resquebrajándose poco a poco. Una noche, cuando no me encontraba ya muy lejos de los tubos verdaderos, soñé que terminaban por romperse y el agua salía a borbotones.

(Pausa)

Esa mañana amaneció lloviendo, esa maldita, oscura, y traicionera lluvia que maneja nuestro destino desde que se llevaron nuestra agua. Amaneció lloviendo y yo volví a escucharla, a mamá, que cantaba desde el fondo de la lluvia. Desde el fondo de la lluvia.

(Pausa)

Entonces comprendí...

Se escuchan disparos lejanos.

ÉL: (continúa)

Comprendí y vine hacia aquí. Hacia ustedes, los que han estado siempre. Hacia ustedes que con sus armas han venido a enfrentarnos, a llevarse nuestra agua y a acabar con nosotros, los que sólo vivíamos nuestras vidas. Vine con ustedes porque comprendí, ahora el mundo es suyo. Nosotros, los de antes, los que sólo vivíamos nuestras vidas hemos quedado atrás y nos hemos ido yendo uno a uno. Ustedes tienen nuestra agua, nuestro pueblo, nuestra familia... nuestro amor. Y ahora saben cómo acabo todo con nosotros allá en el pueblo. ¡ACABEN YA! Comprendí que por eso es que mi brazo no sirve para agarrar un arma ni mi pierna para andar entre trincheras. Por eso, para eso. Para ser yo el que viniera aquí, a contarles el final. A decirles cómo debía acabar todo. ¡ACABEN YA! Ustedes y sus armas lo han tomado ya todo, son ahora los únicos que pueden. ¡ACABEN YA!... Pero yo lo entiendo ahora. Volveremos, volveremos y cantaremos. Cantaremos todos juntos y ustedes escucharán nuestra canción. Porque podrán haber sido estos dedos los que la mataron a Ella, a Lena, por su bien, por el nuestro. Pero han sido ustedes los que nos han quitado todo. Los que nos han hecho lo que somos, nada. Y sin embargo, el agua y el recuerdo de lo que fuimos siguen siendo nuestros. Ni de ustedes ni de sus armas. ¡ACABEN YA AHORA QUE SABEN EL FINAL! Sus

(Más)

(MÁS)

ÉL: (continúa)

tuberías gigantes y grises se van a romper, y el agua se va a desbordar, cómo en mis sueños, los sé. Y va a regresar el agua... ¡ACABEN YA! Y volveremos todos desde el fondo de la lluvia... y escucharán nuestra canción. ¡ACABEN YA CONMIGO! ¡DÉJENME IR A MÍ TAMBIÉN!

(Pausa)

Sólo así podré regresar. Sólo yéndonos todos podremos volver todos juntos. Y cantaremos con el agua y nos escucharán en la lluvia. Escucharán nuestra canción, lo sé... Estoy seguro, sí. La escucharán...

Se escucha un único disparo estridente y él cae muerto.

ÉL: (continúa)

(En Off)

... desde el fondo de la lluvia.

Llueve, el sonido de la batalla va decreciendo junto con la luz hasta que llega el

Oscuro Final.

SEGUNDO MOMENTO: TIERRA DE GIGANTES

*Para un pequeño Gigante; para todos ellos...
(17 al 19 de Enero del 2011)*

Azotea de un Edificio de la Ciudad de México.

1:

23:45

Al encenderse la luz, en el centro de la escena un cadáver adulto yace tirado boca abajo, en una posición sumamente desarticulada, sobre un charco de sangre. Al fondo, sentada sobre una chamarra, está Lucía, y Rubén que llora silenciosamente con la cabeza en su regazo mientras ella le acaricia el cabello. Cerca de proscenio Darío deambula lentamente, sin ánimos, mirando la ciudad, cuyos sonidos se escuchan lejanos. Largo silencio en el que se escuchan los sollozos de Rubén mientras Darío observa la ciudad. Las ropas de todos están desarregladas.

DARÍO:

No, si desde aquí se ve todo bien enorme; uno se siente pequeño trepado en un edificio cómo éste. Minúsculo. Aquí arriba todo es más grande que uno, no cómo en las calles, que con tal de sentirse importante uno puede no voltear pa arriba y ya estuvo...

LUCÍA:

(Cansada)

Cállate, Darío. No ayudas.

DARÍO:

Pero es que es verdad, así tan arriba uno se siente... impotente.

Al escucharlo, el llanto de Rubén aumenta.

LUCÍA:

¡Que te calles, carajo! ¿No ves que no está bien?

DARÍO:

Sí, perdón, amor. Es que me siento un poco...

Darío dirige su mirada al cadáver.

LUCÍA:

Lo sé. Está bien.

(Pausa)

Sólo cállate.

(MÁS)

RUBÉN:

(Solloza)

Lucy, lucy... yo, yo no quería...

LUCÍA:

Tranquilo, corazón, tranquilo. Ya pasó, ya pasó todo.

Shhh, tranquilo.

(Canta bajito)

La luna, lunita blanca

Casi casi se cayó

Por ver si el niño dormía

Cuando ella se asomó...

Ay Luna, lunita blanca

No te vuelvas a asomar

Que el niño ya se ha dormido

Si te caes, despertará.*

Lucía repite la canción hasta que Rubén se va quedando dormido. Ella se levanta y va hacia Darío evitando en todo sentido el cadáver.

DARÍO:

(Sin verla)

¿Se durmió?

(Piensa)

Esa canción suena tétrica acá arriba.

LUCÍA:

Siempre se duerme. Mi mamá nos la cantaba. Hasta cuando se enfermó nos la cantaba para dormirnos, cuando íbamos a verla al hospital.

(Pausa, piensa)

No, amor. Hoy todo suena tétrico. Y más acá arriba.

¿Qué hora es?

Darío mira su reloj.

DARÍO:

Pasan de las once y media.

(Pausa)

¿Y si bajamos ya?

LUCÍA:

No, por favor. No todavía. Esperemos que amanezca, que haya más gente en los pasillos del edificio. No quiero entrar todavía a la casa.

Mira el cadáver.

LUCÍA: (continúa)

A su casa.

DARÍO:

Lucía... me van a entambar, ¿verdad?

Se miran a los ojos. Lucía se estremece e intenta contener el llanto.

LUCÍA:

No... No los vamos a dejar, Darío. Tú sólo... tú solamente...

Rompe a llorar y se abraza a él. Que intenta aguantar el llanto cada vez con más esfuerzo. Finalmente las lágrimas resbalan por sus mejillas. Oscuro.

2:23:00

Luz. El espacio vacío. Se escuchan cuchicheos que se acercan. Darío y Lucía entran besándose, retozando. Ríen. Sus ropas están arregladas y limpias. Darío lleva puesta la chamarra.

DARÍO:

¿Me amas?

Ella lo besa

DARÍO: (continúa)

¿Eh, Lucía? ¿Me amas?

LUCÍA:

(Besándolo excitada)

Sí, sí, sí... Te amo.

DARÍO:

¿Entonces por qué me traes a la azotea? ¿Por qué no podemos hacerlo en tu cuarto? ¿Eh? ¿Cómo la otra vez?

LUCÍA:

Mi papá y Rubén pueden llegar de la fiesta en cualquier momento, ¿qué hora es? A parte, ¿que no dijiste que te había dado cosa tener a Johnny Depp mirándonos desde todas las paredes?

DARÍO:

(Besándola)

Pues si, pero... ¿la azotea?

LUCÍA:

¿Qué hora es? Ya se tardaron.

(MÁS)

DARÍO:

Bueno, ¿tú en qué dónde tienes la cabeza?

LUCÍA:

Tú dime la hora. Las mujeres hacemos muchas cosas a la vez.

Darío la toma de la cintura y la atrae con fuerza hacia sí.

DARÍO:

Pues yo no veo que estés haciendo nada, amor.

(Pausa)

Está bien... está bien.

(Mira el reloj)

Son las once en punto, Lucía.

¿Podemos ir ya al cuarto de servicio? Digo, cuando menos.

LUCÍA:

Tarado calenturiento.

DARÍO:

Fueras muy santa, mamacita.

Se besan, él aprieta el cuerpo de ella contra el suyo. De repente se escucha un gemido apagado y ella se separa de él, alerta.

DARÍO: (continúa)

¿Qué pasa, Lucy?

LUCÍA:

¡Shh, shh!

DARÍO:

¿Qué?

LUCÍA:

(Soltándose)

Cállate. Escucha, ¿no oyes algo raro?

Silencio. De nuevo un gemido apagado.

DARÍO:

¿Qué fue eso?

LUCÍA:

¿Ves? Te dije... Shh, no hagas ruido.

(Baja la voz)

Viene de allá, de los cuartos de servicio.

DARÍO:

¡Espérate, no! ¿A dónde vas, Lucía?

LUCÍA:

Shh. Ven, ayúdame. No veo nada. Se oye cómo si...

DARÍO:

(Bajando la voz)

Sí. Cuando menos alguien está haciéndolo.

LUCÍA:

Ya, Darío. No oyes que hay algo raro. Asómate, que no alcanzo.

Darío se asoma. Silencio. Pasmado se aleja lentamente.

DARÍO:

(A penas audible)

Vámonos, Lucy, ya... ya es muy tarde.

LUCÍA:

¿Qué? ¿Darío, qué viste?

Oscuro. Otro gemido apagado.

DARÍO:

Nada... Lucía no, no entres... ¡Vámonos!

LUCÍA:

(Grita)

¡Rubén!

Oscuro.

3:

00:00

Darío y Lucía duermen sentados, uno al lado del otro, alejados del cadáver. Parece que cayeron exhaustos ahí.

RUBÉN:

(Off, a penas audible, lejano)

La luna lunita blanca
Casi casi se cayó
Por ver si el niño dormía
Cuando ella se asomó...

Darío despierta de golpe, extrañado, amodorrado, cómo de una pesadilla. Se frota los ojos, evita el cadáver, mira su reloj, busca a su alrededor.

(MÁS)

DARÍO:

(Despertando)
Lucy... ¡Lucía!

LUCÍA:

(Ídem)
¿Eh? ¿Qué...? ¿Qué hora es? ¿Qué pasa?

DARÍO:

Es media noche. ¿Dónde está Rubén?

LUCÍA:

(Despertando de golpe)
¿Eh? ¿Rubén?
(Lo llama)
¡Rubén!

RUBÉN:

(Off, cantando)
La luna lunita blanca
Casi casi se cayó
Por ver si el niño dormía
Cuando ella se asomó...

LUCÍA:

¿Dónde está, Darío? No lo veo...

Los ojos se le llenan de lágrimas.

LUCÍA: (continúa)

Está cantando, Darío.
(Lo llama)
¡Rubén! ¡¿Dónde estás, Rubén?!

*Rubén entra haciendo equilibrio en el borde del
proscenio, canta. Lucía lo mira asustada.*

RUBÉN:

Ay, luna lunita blanca
No te vuelvas a asomar
Que el niño ya se ha dormido
Si te caes....

LUCÍA:

¡RUBÉN!

RUBÉN:

(Percatándose de su presencia)
¡Despertará!

*Pierde el equilibrio, se balancea. Darío corre
esquivando el cadáver y lo agarra. Rubén se abraza
a él. Lucía corre hacia ellos y se agacha a
abrazarlo.*

LUCÍA:

(Consternada)

Mi niño. ¿Estás bien? Estás bien.

Rubén se suelta y mira el horizonte.

RUBÉN:

(Recita)

No te vuelvas a asomar.
 El niño ya se ha dormido
 y si te caes...
 Si te caes despertará.

(Pausa)

Darío tiene razón, Lucy. El mundo es mucho más grande
 que cualquiera de nosotros. Aquí arriba, en el borde
 uno no es nada. Abajo tampoco pero hasta que llegas
 aquí, al borde, te das cuenta.

LUCÍA:

No digas eso, bebé. Rubén, tú no...

RUBÉN:

(Frío)

Me recogió hace horas, me sacó temprano de la fiesta.
 Estaba borracho. Apestaba igual que el día que mamá
 murió.

*Lucía llora en silencio, mientras lo escucha.
 Darío se aleja, asqueado.*

RUBÉN: (continúa)

Me traje aquí primero. Gritaba cosas sin sentido.
 Si te mueves te caes, me dijo, si te mueves te caes...

(Pausa larga)

Yo tenía la cabeza colgando y veía la calle, lejana
 allá abajo. Y me di cuenta. Todos son tan diminutos, yo
 debo serlo aún más. Él era más grande, todos son
 diminutos y son siempre más grandes.

Llora furioso y corre hacia el cadáver. Lo patea.

RUBÉN: (continúa)

Te quiero mucho, hijito. ¡¡Te quiero mucho!! Te pareces
 tanto a ella, tienes su cara, sus ojos. ¡¡Sus ojos!!

(Pausa, grito)

¡Me lastimaste, papá! ¡Me duele el corazón!

*Sigue pateando el cadáver. Darío intenta
 detenerlo. Lucía lo frena.*

LUCÍA:

(Asqueada)

Déjalo, amor. Que se desahogue.

Al escucharla, Rubén se detiene en seco.

RUBÉN:

(Al cadáver)

Perdón, perdón. Yo no... yo...

Corre y se detiene al llegar al borde. Lucía lo mira desde el otro extremo del escenario, quedando el cuerpo entre los dos. Darío rodea el cadáver.

DARÍO:

Creo que debería entregarme. Un crimen no debería justificar otro. Yo...

(Se quiebra)

Lo maté. Lo maté y me da gusto. Cuando lo vi así, sobre tí, a través de la rendija, sentí asco. Pero cuando Lucía gritó y él salió, con los pantalones todavía abajo, el asco se fue convirtiendo en odio, en ganas de acabar con él, de que sus ojos se apagaran.

LUCÍA:

(La mirada perdida)

Y no te costó trabajo...

DARÍO:

No me costó ningún trabajo.

RUBÉN:

(La mirada perdida)

Bastó un empujón.

DARÍO:

Un empujón en una azotea cómo esta, en el punto exacto: con el cuello a la altura de un tubo bien firme.

RUBÉN:

Y crack.

LUCÍA:

Y crack.

DARÍO:

¡CRACK!

La mirada de Darío se pierde, cómo la de los otros, en la noche. Silencio, vuelve a escucharse, lejano el ruido nocturno de la ciudad.

RUBÉN:

Hace rato que dormía... Soñaba.

4:El sueño

La luz cambia súbitamente. Se escucha el mar, su ir y venir y el romper de las olas. Rubén se agacha, Darío y Lucía, tomados de la mano, lo observan desde lejos, todos parecen contentos.

RUBÉN:

¡Mira, Lucy! Apenas me ven, los cangrejos corren a esconderse en sus agujeros de la arena. Los pobres no saben que soy chiquito cómo ellos. Deben verme enorme...

LUCÍA:

Gigante, hermanito. Deben verte gigante.

DARÍO:

¿Ya viste eso, Rubén? Más allá, sobre la playa.

Rubén busca con la mirada, de pronto se detiene, extrañado.

RUBÉN:

¿Qué es eso, Darío? Es enorme.

DARÍO:

Es un cachalote.

RUBÉN:

Un chaca... chaca... ¿un qué?

DARÍO:

Un Cachalote.

LUCÍA:

Un tipo de ballena... y esa es bebé.

RUBÉN:

¿Eso es un bebé? Es gigante, Darío.

DARÍO:

Es cómo lo que decías de los cangrejos. Todos, sin importar nuestro tamaño somos gigantes. Y todos, cómo el cachalote, corremos peligro.

RUBÉN:

(Asustado)

¿Está en peligro? Parece que juega.

LUCÍA:

¿Va a morir, amor?

(MÁS)

DARÍO:

Sí, cuando se pierden y encallan, casi siempre mueren.
Debe estar angustiado, por eso mueve la cola.

RUBÉN:

Pensé que jugaba a aventar arena.

(Pausa)

¿No podemos ayudarle?

DARÍO:

Nosotros somos demasiado pequeños para él. No podemos hacer nada.

LUCÍA:

Ya deja de moverse, pierde fuerza.

RUBÉN:

Pobre, se va a quedar ahí tirado, en medio de la nada.

DARÍO:

En medio de la nada.

5:

03:00

La luz vuelve a la normalidad, la ciudad está en silencio. Rubén mira el cadáver. Lucía está abrazada a Darío.

RUBÉN:

En medio de la nada, papá. Dando coletazos cómo un cachalote encallado.

Darío bosteza y mira su reloj.

DARÍO:

Las tres. Que callado se escucha todo a esta hora. Y pensar que hace poco más de tres horas nosotros íbamos a...

Se calla al ver a Rubén, ensimismado en sus pensamientos. Lucía lo mira, le sonrío y lo besa fugazmente.

RUBÉN:

En mi sueño me decías, Darío, que todos, sin importar nuestro tamaño somos gigantes. Estaba recordando el día que nos conocimos. El día que ustedes se conocieron.
¿Te acuerdas?

DARÍO:

Ustedes salían del elevador y yo no me di cuenta.

(MÁS)

LUCÍA:

(Divertida, recordando)
Chocaste con nosotros, casi sin vernos.

RUBÉN:

Te veías tan pequeño, tan apenado. "Perdón", nos dijiste muy quedito. Y entonces...

DARÍO:

(A Lucía)
Entonces te vi a los ojos.

Lucía lo mira enternecida.

RUBÉN:

En ese momento yo te veía gigante, enorme, mientras mirabas a mi hermana. Sentí celos, sí. Pero también otra cosa... tenía ganas de sentirme tan grande cómo tú te veías.

DARÍO:

Me había enamorado.

RUBÉN:

(Sin hacerle caso)
Ya me había pasado antes.

LUCÍA:

(Alarmada)
¿Qué cosa?

RUBÉN:

Presenciar el momento en que alguien se vuelve gigante.
(Recuerda)
Estaba sentado allá abajo, en el jardín. Cerca, una señora barría las hojas secas. Se veía tan diminuta, tan empequeñecida, tan triste. No vio que la viejita del primer piso se le acercaba. Yo sí la vi, también se veía pequeña, débil, ya saben, siempre con su bastón. De la nada sacó de entre su pecho un billete de cien y se lo dio a la mujer de la escoba. "Poquito, porque es bendito, pero guárdese" le dijo. En ese momento las dos se volvieron gigantes. Yo quiero ser así.

Mientras Rubén hablaba, los tres fueron acercándose al borde, sus miradas perdidas en el horizonte.

LUCÍA:

¿Se dan cuenta? Todo este rato hemos estado pensando en lo pequeños que somos todos, en lo inútil que puede ser todo aquí arriba. Pero miren... ¿Qué ven frente a ustedes?

RUBÉN Y DARÍO:
El Horizonte.

LUCÍA:
Exacto. No hay nada por arriba de nosotros.

Silencio, los tres contemplan la noche.

RUBÉN:
Tengo sueño. ¿Está bien si duermo un rato, Lucy?

LUCÍA:
Está bien, Rubén. Ve.

DARÍO:
Tápate con mi chamarra.

RUBÉN:
Gracias. Despiértenme cuando vayamos a bajar. ¿Si?

Ambos asienten. Rubén va hacia el fondo, al pasar junto al cadáver lo mira brevemente y sigue a acostarse, tapándose con la chamarra.

6:

Poemas

Darío mira el cadáver.

DARÍO:
¿Qué vamos a hacer con él, Lucy?

LUCÍA:
Lo vamos a dejar aquí, amor. Estaba borracho. Pudo haber tropezado, y si Rubén dice que gritaba cosas, alguien debe haberlo escuchado. Es más, vamos a llamar a la policía, diremos que dejó a Rubén después de la fiesta y que volvió a salir. Papá no ha regresado desde entonces.

*Darío lo piensa un momento y asiente lentamente.
Abraza a Lucía.*

DARÍO:
Me sorprende tu hermano. Parece tan pequeño; basta oírlo hablar para darse cuenta que no es así.

LUCÍA:
Ya sé. A veces ni yo me lo creo, desde que empezó a hablar era cómo un adulto chiquito.
(Recuerda, sonrío)
Se sentaba con los amigos de mis papás y decía: "A ver, señores, hablemos claro"...

Ríen. Lucía recuerda algo.

LUCÍA: (continúa)

Ahora que lo escuchaba hablar me acordé que una vez, en el hospital, no aguanté más y lloré frente a mamá. Se veía tan débil, tan pequeña, tan insignificante, que a duras penas podía creer que fuera ella. Papá tenía días sin ir a verla. Yo había aguantado muy bien... pero ese día no pude más. "Tonterías, Lucía", me dijo, "uno es del tamaño de sus intenciones, y mi intención es que ustedes sean felices no importa lo que pase... y es enorme". Yo no entendí eso, pero Rubén tiene razón; mamá también se veía gigante en ese momento.

DARÍO:

(Mirando al cadáver)

Hace rato él se veía tan pequeño... malo, dañino, sí, pero pequeño. Supongo que las malas intenciones son así, pequeñas y enfermas, contagiosas. Por eso llegan a todos lados... Él se veía amenazante, hasta que me di cuenta de que era miedo, dolor y odio lo que sentía, y no contra mí, contra él mismo. Por eso era tan pequeño. Por eso fue tan fácil acabar con él.

RUBÉN:

(Entre sueños)

Yo supe de dolor desde mi infancia...

DARÍO:

(Extrañado)

Yo supe de dolor desde... esa frase se me hace conocida. No recuerdo de dónde.

LUCÍA:

Yo sí. Fue el primer poema que me diste. Apenas unos días después de conocernos. Era enorme; Rubén y yo lo leímos juntos varias veces. ¿Cómo empezaba?

DARÍO:

(Recuerda)

**Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

LUCÍA:

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;

DARÍO:

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinitas.

AMBOS:

Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan la fragancia...
una fragancia de melancolía...**

DARÍO:

(Esforzándose)
No, no recuerdo lo demás. Era enorme.

LUCÍA:

Gigantesco.
(Pausa)
Me encantaba.

7:

06:00

Amanece

La alarma del reloj de Darío comienza a sonar. La luz del sol naciente los baña poco a poco.

LUCÍA:

(Entrecerrando los ojos)
Que era alondra de luz por la mañana.
(Sonríe)
Todo va a estar bien, amor. ¿Lo sientes?

DARÍO:

Sí, pasamos de largo la noche, no fue difícil. No pasó nada. Todo parece un mal sueño. Me siento enorme con el sol.

LUCÍA:

Nada va a ser cómo antes.
(Piensa)
En algo tenías razón, cuándo uno está allá abajo se sabe pequeño. Por eso casi nadie levanta la cabeza; los edificios lo confirman. Todos miran a los demás hacia abajo, intentan sentirse más grandes los unos que los otros.

DARÍO:

En realidad sólo se empequeñecen más a sí mismos. Nada va a ser cómo antes ahora que lo entendemos.

(MÁS)

LUCÍA:

Nada, amor. Las cosas serán cómo nosotros queramos.
Seremos gigantes con el horizonte enfrente.

DARÍO:

¿Nos vamos?

Lucía asiente y va hacia Rubén. Le acaricia la cara.

LUCÍA:

Despierta, hermanito. Ya vamos a bajar. Despierta.

Rubén abre los ojos, le sonríe ampliamente a Lucía y la abraza. Ella le ayuda a levantarse.

RUBÉN:

¿Puedo ver la tele un rato?

Lucía asiente y comienza a salir con él. Rubén sale. Darío mira el horizonte, entrecerrando los ojos. Lucía se detiene.

LUCÍA:

¿Vamos?

Darío va hacia el cadáver, se pone en cuclillas cerca de la cabeza y lo mira sereno. Se levanta, aún mirándolo.

DARÍO:

(Al cadáver)

Adiós... Gracias.

*Camina hacia Lucía y le da la mano. Salen.
La luz de la mañana aumenta y poco a poco decrece hasta llegar al*

Oscuro Final

**Versión de "Lunita Clara", de Esther Schneider.*

***Fragmento de "Cantos de Vida y Esperanza", de Rubén Darío.*

TERCER MOMENTO: ÁNGELES ENFERMOS

A Isabel Allende...
(17 de Abril del 2011)

El Cuarto de Clara: Una cama, un buró y una vieja mecedora. La Última Noche.

Escena Primera

Es de noche, suenan las doce en algún reloj de la casa. La luz ilumina tenuemente la cama en la que Clara duerme. Algo alejada de la cama, en penumbra, Blanca teje, sentada en la mecedora. El ritmo del tejido y de la respiración de Clara son acompañados. De pronto, Clara se agita en sueños.

CLARA

(Asustada)

¿Qué pasa? ¿Qué es esto? ¡No! ¡No, quítenmelas! ¡Mamá, por favor! Que me las quiten de encima, esto no está bien, no está bien!

Clara despierta de golpe, su respiración es difícil. Blanca no se inmuta.

CLARA (continúa)

(Grita)

¡Mamá!

Alba entra corriendo, en bata de dormir. Se nota que acaba de despertarse.

ALBA

(Preocupada)

¿Qué pasa, corazón? ¿Qué tienes? ¿Te está doliendo el pecho?

CLARA

(Agitada)

Están... sobre mí, mamá... ¿no las ves? Me.. me cayeron... del cielo; esto no... no está bien. Quítamelas, mamá.. por favor.

ALBA

¿De qué hablas, Clara? ¿Que te quite qué?

CLARA

(Solloza desesperada)

Las Plumas, mamá. Míralas: Blancas, puras. ¿Qué pasa? De repente comenzaron a cubrir mi cuerpo. No está bien, mamá. Por favor, por favor. Quítamelas.

(MÁS)

ALBA

Clara, no tienes nada encima, aparte de las cobijas.
Aquí no hay plumas. Tranquila.
Respira, hija. Estas forzando tus pulmones.

CLARA

(Llorando, angustiada)
No, mamá. Aquí están. Sobre mí. Plumas de Ángel. Esto
no está bien. ¿Por qué, mamá? ¿Por qué no me las
quitas? ¿Por qué me torturas?

*Clara empieza a toser. Alba se sienta en la cama y
la abraza, acariciándole el cabello.*

ALBA

Tranquila, mi amor. Respira. Debe haber sido un sueño.
De verdad, no tienes nada encima.

(Angustiada)
Respira, Clara. Cálmate. Sólo fue un sueño. Sólo fue un
sueño...

CLARA

(Calmándose)
Sólo fue un sueño. Sólo un sueño.
(A Alba)
Me asusté mucho, mamá. De repente empezaron a caerme
plumas blancas... del cielo. Y yo... y yo pensé...
(Llora al recordar)
"Que horrible", pensé, "los Ángeles deben estar
enfermos". Cómo yo, mamá. "Deben estar muriendo". Como
yo. Pobres Ángeles, mamá. Pobres Ángeles.

*Clara tose de nuevo. Alba se muerde los labios,
conteniendo el llanto. Al hablar la voz se le
corta.*

ALBA

Voy a traerte un vaso de agua, mi vida. ¿Sí? Tú
tranquilízate. Fue un sueño.

(Pausa)
A veces los sueños son así... dan miedo.

*Alba sale, escondiendo su llanto.
Clara respira, dejando de toser poco a poco.*

Escena Segunda

*La luz aumenta sobre Blanca, que teje en la
mecedora. Al hablar, sobresalta a Clara.*

BLANCA

(Suspirando)
¡Ay, tu mamá! Siempre pareciendo tan fuerte; seguro se
tarda una eternidad en la cocina. A Albita siempre se
(Más)

(MÁS)

BLANCA (continúa)

le hizo más fácil llorar en la cocina. Como ahí sólo entrábamos ella y yo... ¡Ay, tu mamá!

CLARA

(Secándose los ojos)

Abuela, pensé que estaba usted durmiendo.

BLANCA

No, mijita. A estas alturas ya no necesita una andar durmiendo tanto. Como tiene una menos quehacer, se cansa una menos. No, mejor es terminar de una vez mi tejido; aprovechar las horas. "Quédate junto a la niña, Blanca", me dije, "mejor es que tenga a alguien junto a ella en estos momentos". Y pues me vine a sentar acá junto a ti, mi niña. A ver si ya logro terminar de tejer; se siente que llevara años.

CLARA

¿Y por qué no me despertó, Abue Blanca? ¿No escuchó usted que gritaba?

BLANCA

(Sonriendo)

Ay, mi niña. Discúlpame; ya ves que cuando se pica una en esto del tejido, no hay casi nada que pueda distraerla. Supongo que no fue de mucha ayuda que estuviera aquí contigo. Trataré de no concentrarme tanto.

CLARA

No, Abuela, no se preocupe. Mejor termine su tejido.

(Piensa)

Debe ser muy difícil para mi mamá. Pobrecita. Aquí encerrada en la casa, dependiendo de mí. Esperando que me muera por fin, después de estos seis meses, sin poder hacer... no sé, lo que sea, por estarme cuidando todo el tiempo.

BLANCA

Es difícil para todas, mijita. Siempre es difícil; mi mamá decía que la vida es un montón de dificultades que tiene uno que ir *desdificultando*. Para que lo fácil llegue después. Pero a tu mamá, eso de la *desdificultada* se le hace todavía más difícil. Y de todos modos necesita parecer fuerte. "Albita, llora, mija", le decía yo cuando falleció tu abuelo Augusto, que en paz descanse. Pero no, nada. Tendría ella unos nueve años. Y ahí estaba, parada junto a mí en el entierro... Dándome su manecita... Fuerte, firme, mi Albita. Y yo, chillando a moco tendido. Ella sólo me apretaba la mano. Así estuvo todo el rato, junto a mí.

(Más)

(MÁS)

BLANCA (continúa)

Por eso me di cuenta el momento en el que se había ido. Estábamos velando a mi marido, tu abuelo, allá anca mi comadre Maura y de pronto la niña no estaba junto a mí. Me entró tal susto que hasta se me quitó la lloradera. Lo primero que hice fue *rescallubullirme* entre la gente y correr pa la casa. Y cual va siendo mi sorpresa cuando me la encuentro hecha una magdalena en la cocina. Acurrucada en un rincón, llorando a mares. "Tranquila, mi niña" le dije "que nos vas a inundar la cocina". Pero ella siguió llorando. Yo ya nomás me senté ahí, juntito a mi Alba, juntito a mi niña, y la abracé, y poco a poco fui volviendo a llorar también yo. "Está bien, Albita" le decía yo moqueando "chillemos juntas, hija"... Desde entonces ya sabía yo que, cuando se me desaparecía la niña, no había que entrar a la cocina. Que ella estaría sacando ahí sus dolores, para poder parecer fuerte en el resto de la casa.

(Pausa)

Había que darle su espacio.

CLARA

Pobrecita mamá. Yo tengo recuerdos vagos de cuando se murió mi papá; por alguna razón no recuerdo mucho. Es como si hubiera perdido parte de mí ese día... Mi hermana me ha contado que el accidente fue horrible; que ella pudo regresar de puro milagro. Mi mamá no habla de esas cosas. Ni de eso ni de mi enfermedad. Que no tiene caso, dice siempre. Que si ni los médicos saben qué es esto que me paraliza el cuerpo de abajo para arriba, poco a poco, esto que me está matando; que si ni ellos saben decir qué hacer para que pueda volver a mover las piernas, entonces no tiene ningún caso ponernos a hablarlo nosotras. Ya ve, Abue Blanca, que sólo con Diana, mi hermana, y con usted puedo hablar de estas cosas. Es como si mamá no comprendiera aún que me estoy muriendo.

(Piensa)

Pobre mamá. Debe ser muy difícil para ella. Mi abuelo... Mi papá... Yo... Perder a la gente que ama.

Blanca levanta la vista del tejido, sin dejar de tejer, y mira a Clara, enternecida.

BLANCA

Es difícil para todas, hija. Sólo que a tu madre hablar de estas cosas la hace que se vea débil. Por eso se calla... y se va a la cocina; siempre le ha importado mucho ser la fuerte; tal vez porque yo siempre fui muy llorona cuando ella era niña.

(MÁS)

Silencio. Blanca sigue tejiendo. Clara intenta preguntarle algo y se retracta. Blanca la mira, inquisitiva.

CLARA

(Animándose)

Abue Blanca... ¿Por qué mi mamá no le habla nunca? Creo que en toda mi vida no las he visto platicar. ¿Pasó algo que yo no sepa? ¿Está enojada con usted?

BLANCA

No, miija, no. Lo que pasa es que a tu mamá le cuesta decir las cosas. Se siente débil también así. Por eso prefiere no decirme lo que tiene que decirme. Pero yo entiendo lo que piensa sólo con verla a los ojos. Ni falta que hace que me hable.

Suena la media en el reloj.

BLANCA (continúa)

¡Ay, Jesús Bendito, niña! Debes estar con mucho sueño. Y una platicándote. Mejor intenta dormir.

CLARA

Está bien... Así tampoco la distraigo de su tejido.

BLANCA

(Riendo)

No, mi niña. No es por eso. Yo no soy de las que se manejan fácil. No. Con la práctica una puede tejer hablando, sin problemas; hasta sin ver, y yo he tejido mucho. Tal vez demasiado. Conozco este oficio como a mi misma. Todas las bolas de estambre se han vuelto una sola.

(Pausa)

Pero tú necesitas descansar. Ya ves que los médicos te han repetido mucho que no es bueno que te agites tanto.

CLARA

Si cuando menos nos dijeran por qué.

(Pausa. Le sonrío.)

Está bien, Abuela. Trataré de dormir.

Clara se acurruca en la cama y cierra los ojos.

BLANCA

Descansa, mi niña. Descansa.

La luz vuelve a dejar en penumbra a Blanca, que sigue tejiendo. Clara comienza a quedarse dormida.

Escena Tercera

Tímidamente entra Diana. Es más joven que Clara. Viste uniforme escolar. Se acerca lentamente a la cama.

DIANA

(Susurrando)

Clarita, ¿estás dormida?

CLARA

(Sin abrir los ojos)

No, Diana, no puedo dormir.

(Pausa, abre los ojos)

Es muy tarde para que andes levantada. ¿A ti también te desperté?

DIANA

No, Clarita. Lo que pasa es que tenía hambre y fui a buscar algo a la cocina... Mamá está llorando. ¿Pasó algo? ¿Estás bien?

CLARA

Sí, estoy bien, hermana. Tuve un mal sueño, eso es todo. Mamá debe estar cansada...

(Para sí misma)

Debe estar harta.

DIANA

Un mal sueño... ¿por eso no puedes dormir?

Clara asiente. Diana se sienta a los pies de la cama.

CLARA

Me da miedo soñar con lo mismo.

Clara se sienta en la cama, haciendo esfuerzo con los brazos para acomodarse. Mira a su hermana.

CLARA (continúa)

(Divertida)

De verdad que es el colmo contigo, Diana. Que no te quites ese mugroso uniforme ni para dormir.

DIANA

¡Ay, déjame en paz! Ustedes siempre con lo mismo. Si no está tan mugroso; tengo tres y se lavan cada tercer día.

(Pausa)

Es bonito, ¿no? Con él me siento todo el tiempo en la escuela.

(MÁS)

CLARA

Te gusta mucho la escuela, ¿verdad?

(Piensa)

A veces extraño estar ahí. Extraño a mis amigas...
Extraño a Edgar.

DIANA

Ash, a ese ni lo extrañes. Apenas dejaste de ir a clases y empezó a salir con la güera desabrida esa de la Fernanda. La muy...

CLARA

(Riendo)

Tranquila, Diana. No te enojés. Yo lo animé a que le hablara.

DIANA

Pero...

CLARA

Era lo mejor. Yo llevo seis meses sin salir de esta cama. Una novia así no era lo justo para él.

DIANA

Pues igual podría venir a visitarte, cuando menos.

CLARA

No, así está bien. Prefiero sólo extrañarlo en lugar de estarlo viendo aquí a cada rato y saber que no puedo ir a pasear con él en bici. Ya suficiente tengo con saber que no me queda mucho tiempo, con ver mis piernas tiradas, como dos trapos, aquí en la cama y saber que no voy a volver a caminar... Tan lindo que era caminar a su lado, dándole la mano...

DIANA

¿Pero qué más te da no caminar? Si siempre has sido re-güebona para eso, Clarita.

CLARA

¡No seas lépera, Diana!

Se miran.

DIANA

(Divertida)

¿O qué? ¿Corres a acusarme con mi mamá?

Clara finge estar ofendida.

CLARA

Tonta.

DIANA
Tarada.

CLARA
Mensa.

DIANA
Es-tu-pi-da.

CLARA
(Sorprendida, ríe)
¿Ah, sí? Imbécil.

DIANA
Idiota.

CLARA
Pen...

Se calla. Diana sonrío, pícara.

DIANA
Pen...

CLARA
No.

DIANA
de...

CLARA
Diana, no.

DIANA
ja.

CLARA
¡Diana!

DIANA
¡Pendeja!

Ríen. Clara toma una de sus almohadas y se la avienta a Diana.

CLARA
Eres una grosera, puerca.

DIANA
(Riendo, cacha la almohada)
¿Yo qué? Si tu empezaste, Clarita. No te las des de santa, reina.

*Ríen. Diana se bota en la cama, junto a Clara.
Poco a poco se calman. Clara empieza a toser.*

DIANA (continúa)

Clara, ¿estás bien? ¿Te duele?

CLARA

(Tosiendo)

No, estoy bien. Ahorita se me pasa.

Silencio. Diana mira, curiosa, a Clara.

DIANA

¿No te da miedo, Clarita?

CLARA

¿Que cosa?

DIANA

Pues... eso, ya sabes... Estar esperando el final;
saber que te vas a morir.

CLARA

(Pensándolo)

No, ya no. Después de tanto estarlo esperando, de tanto
ir empeorando... Ya no me da miedo, Diana.

(Pausa)

El día que nos lo dijeron estaba aterrada. La primera
semana sin caminar fue lo peor.

Silencio. Ambas recuerdan.

DIANA

Cuando el accidente, en el momento en que entendí qué
estaba pasando, sentí mucho miedo.

(Piensa)

Supongo que el miedo es eso, un momento... Sí, debe
ser, porque después sólo quedó la certeza de lo que
había pasado. De que papá y yo...

*Se calla al ver entrar a Alba, que trae un vaso de
agua en la mano.*

CLARA

(A Diana, sin notar a Alba)

Extraño a papá. ¿Tú vas a extrañarme?

Al escuchar a Clara, Alba se detiene en seco.

Escena Cuarta

ALBA

Aquí está el agua, hija.

Diana y Clara se sobresaltan. A Clara se le pasa la tos, Diana se levanta de la cama y sale, mirando asustada a Alba.

CLARA

Gracias, mamá.

(Pausa)

No puedo dormir.

Alba le da el vaso. Clara le da un sorbo al agua y lo deja sobre el buró.

ALBA

Estabas tosiendo, Clara. ¿Te sientes bien? ¿Te duele? Los doctores...

CLARA

Los doctores no saben qué tengo. No lo sabían hace seis meses y siguen sin saberlo hoy.

Alba la mira, impotente.

CLARA

Estoy bien, mamá. No me duele.

(Piensa)

¿Crees que los Ángeles pueden enfermarse?

Alba se sienta en la cama, junto a ella.

ALBA

Tú estás enferma, corazón.

CLARA

No, mamá. Es en serio. Estoy hablando de los Ángeles de verdad. ¿Crees que se enfermen?

ALBA

(Melancólica)

Yo ya no sé ni siquiera si hay Ángeles de verdad, Clara.

En la mecedora, en penumbra, Blanca ríe por lo bajo. Clara voltea a verla de reojo, intrigada.

ALBA (continúa)

¿Qué pasa, mi niña?

(MÁS)

CLARA

Es que... Mi sueño...

ALBA

Tu sueño fue sólo un sueño. Un mal sueño.

CLARA

Pero...

ALBA

Ya, déjalo. No me sorprende que no puedas dormir si no dejas de pensar en eso. ¡Ángeles Enfermos! Sabrá Dios de dónde te salen esas ideas, mi amor.

(Pausa)

Mejor vamos a aprovechar que sigues despierta... Dime que quieres que te haga de comer mañana.

CLARA

No sé...

ALBA

Tenemos papas y carne, frijoles... aunque si prefieres pollo, puedo ir al mercado.

CLARA

No sé, mamá.

Pausa. Alba huele el aire.

ALBA

¿A qué huele?

Clara se encoje de hombros.

ALBA (continúa)

Bueno, entonces, ¿qué quieres que prepare mañana?

CLARA

En serio, no sé. No se me antoja nada.

ALBA

¿No se te antoja nada? Hija, algo debes querer. Lo que te preparé ayer estaba rico, ¿no, Clarita?

Clara se calla, apenada.

ALBA (continúa)

¿No estaba rico?

CLARA

No, sí. Es que...

ALBA
¿Te lo comiste, verdad?

CLARA
Es que...

Alba se levanta de la cama y se asoma debajo. Saca una bandeja con comida echada a perder. Evita olerla.

ALBA
(Enojada)
Me dijiste que no ibas a volver a hacerlo.

CLARA
Mamá...

ALBA
(Enojada)
¡Mamá, nada! ¿Por qué no te comes tu comida? ¿Por qué la escondes? Con esta son tres veces.

Clara baja la mirada, se mira las manos.

ALBA (continúa)
(Grita)
¡Explícame!

En la penumbra, Blanca deja de tejer, sobresaltada, y las mira. Diana asoma la cabeza tímidamente.

CLARA
(Sin verla)
Es que no me da hambre. No puedo comer sin hambre.

Alba se calma de súbito, se ve preocupada. Blanca, sorprendida mira a Diana, que se lleva las manos a la boca.

ALBA
¿No te da hambre? ¿Nada? Chiquita, ¿estás segura?

CLARA
Sí, mamá. Nada de hambre.

Alba, angustiada, se lleva una mano a la cabeza.

ALBA
Ay, no puede ser... es muy pronto.

CLARA

(Asustándose)

No creerás que... que ya está subiendo... ¿o sí?

ALBA

¿Hace cuanto que no te da hambre, Clara?

CLARA

No sé, mamá... Más de una semana.

Alba deja la bandeja con comida en el suelo y se apresura hacia ella; le quita de encima las cobijas, dejando descubierta la mitad paralizada de su cuerpo. Las piernas de Clara parecen de trapo sobre la cama.

ALBA

Los médicos dijeron que esto iba a pasar. La parálisis avanza. Pero es demasiado rápido. Mi amor, ¿sientes esto?

Le pone la mano sobre el vientre.

CLARA

(Asustada)

Dijeron que podía pasar en cualquier momento. Nunca dijeron cuando.

ALBA

(Angustiada)

¿Sientes mi mano?

Clara no responde. Alba la mira a los ojos. Las lágrimas brotan de los de Clara. Lentamente niega con la cabeza y desvía la mirada. Blanca se tapa la boca y solloza, desde la penumbra. Diana mira pasmada a su madre y a su hermana.

Alba va a llorar, pero se muerde los labios y respira profundo. Lentamente tapa de nuevo a Clara y se acuesta junto a ella, acariciándole el cabello.

ALBA (continúa)

Pues ya se me ocurrirá algo rico para la comida.

Clara le sonríe, melancólica. Secándose las lágrimas.

CLARA

Sí, mami. A ti siempre se te ocurren cosas ricas.

Alba ríe. Le seca las lágrimas.

ALBA

Eres una barbera, mi niña.

(Pausa)

¿Quieres que te cante la nana que me cantaba tu Abuela Blanca cuando yo era niña?

Clara asiente. Mientras canta, Alba se va quedando dormida, Blanca vuelve a su tejido y Diana se acerca tímidamente a la cama.

ALBA (continúa)

(Canta)

La manzana está en el árbol,
en el árbol la manzana.
No me pidas que la corte,
yo te traigo tres mañana.

La manzana está tan roja,
tan hermosa la manzana,
si me pides que la corte,
lloraré una semana.

Ven juguemos en el pasto,
ya no veas esa manzana.
Ella sola se caerá
cuando ya no haya mañana.

La manzana está en el árbol,
en el árbol la manzana.
No me... pidas que la... corte,
yo te traigo tres... mañana...

Escena Quinta

CLARA

Descansa, mamá. A ti sí va a servirte de algo.

Diana va hacia la comida que está en el piso. Toma algo y se lo come. Clara se asquea.

CLARA (continúa)

(Susurrando)

Deja eso, niña. Ya ha de estar malísimo.

DIANA

No, sabe bueno. De verdad, está bueno.

(Pausa, come)

Tenía tanta hambre... Comer es lo mejor. Que bueno está esto.

CLARA

Que asco, Diana. Quien sabe cuanto tiempo llevaba eso debajo de la cama.

(MÁS)

Diana no le hace caso y sigue comiendo, ávida.

CLARA (continúa)
Ya, ¡déjalo!

Enfurrugada, Diana se aleja de la comida y se acerca a Alba, que duerme.

DIANA
A mí también me gusta mucho la canción de la Manzana.
Mamá la canta bonito.
(Pausa, acariciando el cabello de Alba)
Que tranquila se ve así. Dormida. Ella que siempre es firme, fuerte... Eso debe cansarla mucho.

CLARA
Sí. Seguro que si se cansa...

Clara comienza a toser. Intenta taparse la boca de modo que no haga mucho ruido. Diana toma el vaso con agua del buró y se lo da a su hermana. Clara bebe un sorbo y se lo regresa. Diana se lo acaba y lo regresa al buró.

DIANA
Sigues sin poder dormir, Clarita. ¿Todavía piensas en eso que soñaste?

CLARA
Sí.

DIANA
¿Qué soñaste?

CLARA
No quiero hablar de eso. Fue horrible.
(Pausa)
Mejor cuéntame la historia, Diana.

DIANA
De veras contigo. ¿No te cansas de oírlo? Además, dices que no puedes dormir por un mal sueño y ¿quieres que te cuente otra vez del accidente? ¿No es más feo eso?

CLARA
No... Bueno, sí. Pero tú lo cuentas cómo si fuera una aventura. Ya sabes que me encanta escucharte contarle. Es el mejor recuerdo que tengo de papá. En tu historia parece que fuera un héroe. Me gusta recordarlo así.
(Pausa, se miran)
Por favor, hermana. Cuéntame la historia. Quiero oírlo de nuevo antes...

DIANA

(Mirándola inquisitiva)

¿Antes...?

CLARA

Quiero oírla de nuevo, Diana. Por favor.

DIANA

Bueno. Te la cuento si después tú me cuentas tu sueño.

CLARA

Me parece justo. Pero no la cuentes muy fuerte, no quiero despertar a mamá.

Diana asiente y comienza a caminar, recordando. Al contar, usa el espacio como escenario.

DIANA

Tú habías sacado diez en la escuela en los últimos exámenes y todos en la casa estaban muy felices. Por eso yo escondí mi boleta. Mis calificaciones no eran tan buenas como las tuyas. Cuando mi mamá la encontró se enojó mucho conmigo. El único que entendía por qué la había escondido fue mi papá. Por eso me llevó por un helado. Pero no cualquier helado, no. Un helado de la *gellateria* italiana del centro. Salimos de la mano y tomamos la ruta tres, la que llega hasta el parque. Íbamos platicando, muertos de risa, yo totalmente olvidada de las calificaciones, de ti, del enojo de mamá. Él me sonreía con su cara de Ángel... De repente su mirada se transformó. El veía algo detrás de mí, a través de las ventanas, mientras la ruta atravesaba una calle. Quise voltear a ver qué había captado su atención, pero sólo sentí cómo me atraía hacia su cuerpo y se tiraba al piso, conmigo entre sus brazos, protegiéndome del horrible ruido que siguió a continuación. Entonces entendí qué estaba pasando. Fue en ese momento que tuve mucho miedo. Una lluvia de cristales bañó a todo mundo dentro de la ruta, pero él no se movió, no dejó de cubrirme. "Cuídalas", me dijo papá. Todo empezó a dar vueltas, luego otro ruido horrible, luego algo blanco, suave, terso... y luego... todo negro.

CLARA

(En suspenso)

¿Y después, Diana? ¿Qué pasó después?

DIANA

Ya sabes qué pasó después. Me desperté sobre mi cama tendida, con el mayor dolor de cabeza que he sentido y un hambre horrible que no se me quita desde entonces. El llanto en la sala me hizo bajar las escaleras. Todos

(Más)

(MÁS)

DIANA (continúa)

estaban ahí, de negro, llorando a los pies de la caja sellada. Sólo mamá no lloraba. Estaba sentada en el sillón, junto a la Abuela Blanca, acariciándote el cabello. Tú estabas hecha un mar de lágrimas.

BLANCA

(Sin dejar de ver el tejido)

Ese día habías tenido tu primer ataque, Clarita. Esa mañana fue la última que pudiste usar las piernas. Fue cómo dijiste: Cómo si una parte de ti se hubiera ido con tu papá.

Escena Sexta

La luz vuelve a subir de intensidad sobre Blanca, que habla sin dejar de ver su tejido. Clara y Diana la miran sobresaltadas.

DIANA

(Extrañada)

Abuela Blanca, aquí está usted.

CLARA

¿No la habías visto?

BLANCA

(Sonriente)

Tu hermana es despistada, Clarita. Anda todo el tiempo en la luna. Por eso sus calificaciones de aquella vez.

DIANA

(Justificándose)

Mi mamá piensa que no me gusta aprender, pero no es eso. Me encanta aprender, sólo que entre más aprendo más vuela mi imaginación en clase. Y a parte se me olvida hacer mi tarea.

CLARA

(A Blanca)

¿Dijo que el día que murio mi papá tuve mi primer ataque, Abue Blanca?

BLANCA

Si, mijita. Los médicos decían que no sé que cosas tenías en el cerebro y que era posible que no recordaras mucho después del ataque. Tu mamá lloró durante una semana, todas las noches... Todo fue tan rápido y tan lógico. Pobre de tu madre. ¿Sabes que fue tu papá el único que logró enseñarte a caminar? Tu mamá y yo tratamos... pero nada. Sí, después del accidente tu mamá lloró una semana entera...

(MÁS)

DIANA Y CLARA
En la cocina.

Las tres ríen quedito.

DIANA
Pero te toca a ti, Clarita. ¿Qué soñaste?

Clara la mira, compungida. Desvía la mirada.

BLANCA
Clara, se lo prometiste, mijita.

CLARA
Bien. Les digo. Pero si vuelvo a soñar feo... va a ser su culpa.

(Pausa)

Soñé... Soñé que me caían plumas blancas del cielo.
Plumas...

DIANA
(Sorprendida)
¿de Ángel?

CLARA
Sí, ¿cómo sabes?

BLANCA
¿Es la primera vez que sueñas eso, Clarita?

DIANA
Claro que es la primera vez, Abue Blanca. Si no ya nos hubiéramos enterado.

CLARA
(Extrañada)
¿Enterarse? ¿De qué?
(Pausa, espera)
Yo, en el sueño, estaba muy angustiada. Sentía que los Ángeles se habían enfermado, que estaban muriéndose, cómo yo. Que se les caían las plumas. Fue horrible.

BLANCA
No, mijita, no. Ese no era un mal sueño.

CLARA
¿No era un mal sueño? Pero mi mamá me dijo que...

DIANA
Mi mamá no sabe de estas cosas, Clara.

BLANCA

Muy poca gente sabe de estas cosas. Son cosas que no se hablan mucho, son cosas de las que nadie le enseña a una cuando una es joven.

DIANA

Son cosas que cada quien tiene que aprender.

CLARA

¿De qué hablan? Me están asustando.

BLANCA

Los Ángeles no están enfermos, mi niña.

CLARA

No están... ¡Pero, sólo fue un sueño! ¡Un sueño, Abuela!

DIANA

No, Clarita. No fue sólo un sueño.

Clara se lleva la mano al pecho. Respira con dificultad.

CLARA

No... no las... entiendo.

DIANA

(Angustiada.)

¿Te está doliendo? ¿Qué sientes? Abue Blanca, no está respirando.

Diana va hacia Alba.

DIANA (continúa)

Mamá, ¡despierta, mamá! Clara no puede respirar, mamá.

BLANCA

Déjala, Dianita. Mija, déjala.

(Pausa)

Creo que tienes que decirle. Sí, Dianita, no me revires los ojos y dile ya.

Clara respira con mucha dificultad. Diana mira asustada a Alba, que duerme. Se acerca lentamente al oído de Clara y le dice algo. La respiración de Clara se va relajando. Cada vez es más tranquila. Clara deja de agarrarse el pecho.

CLARA

Pero eso es muy bonito.

Alba comienza a abrir los ojos. Diana se aleja de súbito de la cama, refugiándose junto a la mecedora.

Escena Séptima

ALBA

(Despertando)

¿Qué es muy bonito?

CLARA

(Haciendo caso omiso)

Si ustedes sabían, ¿por qué no me habían dicho nada?
¿Por qué no me contaron de esto antes, cuando era
pequeña?

BLANCA

Porque...

ALBA

(Extrañada)

¿Nada de qué, hija? ¿De qué hablas? ¿Qué es muy bonito?

Clara voltea a ver a Alba, de golpe.

CLARA

(Emocionada)

Los Ángeles, cuando le dan la bienvenida a alguien en el cielo, lo cubren de plumas. Plumas que tiran a la tierra como regalo de bienvenida. Plumas que sólo pueden ver el que está muriendo y aquellos que estén junto y que los quieran más que a nada en el mundo.

Alba, asustada se para de la cama y retrocede tapándose la boca, impresionada, hasta toparse con la bandeja de comida.

CLARA (continúa)

Mi sueño fue un mensaje, mamá. Los Ángeles no están enfermos. No están Enfer...

ALBA

(Grita)

¡Los Ángeles no existen, Clara!

Diana se asusta y se coloca, refugiándose, tras la cabecera de la cama. Blanca deja el tejido y se levanta de la mecedora, que sigue moviéndose. Va a abrazar a Diana. Alba se descompone, intenta aguantar, se muerde los labios, las manos le tiemblan.

(MÁS)

ALBA (continúa)
¿Quién te dijo eso, hija? ¡¿Quién?!

CLARA
Ellas.

ALBA
¿Ellas quienes, Clara? ¿Quienes?

CLARA
Diana y la Abuela Blanca. Mamá, ¿qué tienes?

Alba rompe en llanto. Cae llorando al suelo.

CLARA (continúa)
(Asustada)
Mamá... ¿Qué pasa?

ALBA
(Llorando desconsolada)
Diana... ¿y la Abuela Blanca? ¿Mi mamá?

*Clara asiente asustada. Alba llora más y más.
Enojada avienta la comida.*

ALBA (continúa)
Aquí sólo estamos tú y yo.

Los ojos de Clara se abren por la impresión.

CLARA
Están... Las dos están... No puede ser.

*Clara voltea a ver la mecedora, que vacía sigue
moviéndose, con el tejido sobre ella.*

CLARA (continúa)
(Tratando de recordar, angustiada)
La abuela estuvo muy enferma cuando yo era pequeña;
Diana no había nacido.

*Blanca coloca su mano sobre el hombro derecho de
Clara.*

CLARA (continúa)
(Recuerda)
Me acuerdo que la Abuela ni siquiera podía salir de su
cama. Murió una noche... Tú no quisiste llevarme al
entierro. Yo no paraba de llorar.

ALBA
(Sin verla)
¡Clara no! ¡Clara no!

CLARA

(Esforzándose de nuevo)

Diana... Diana... El accidente...

Diana coloca su mano sobre el hombro izquierdo de Clara.

CLARA (continúa)

Después del accidente no volviste a dormir en la cama que compartías con mi papá. Tendiste las camas, mamá. La de ustedes, la de Dianita. Desde entonces siguen igual. Sólo se hizo un ataúd para sus cuerpos destrozados.

(Entiende)

Por eso no me contaron de las plumas antes, cuando era pequeña. Ellas no sabían de eso antes...

BLANCA

Yo las vi cuando estaba enferma, pero estaba sola en mi cuarto. De noche. Morí sola.

DIANA

Yo vi una después de que mi papá me dijo que las cuidara a ustedes, dentro de la ruta, cuando el accidente. Una pluma blanca, tersa, suave. Cuídalas, me dijo papá.

CLARA

Ellas no sabían de las plumas antes de morir. Por eso Diana vio una sola caja el día que salió de su cuarto, después del accidente. Estaba muerta. La Abuela Blanca estaba sentada en el sillón junto a nosotras en el velorio, después del accidente. Estaba muerta.

Alba deja de llorar y secándose las lágrimas se levanta del suelo, enojada.

ALBA

Yo sentía imaginaba que su presencia, de las dos, ese día. Pero era imposible. Nos habían abandonado, Clara. Se fueron. Y ahora tú también quieres dejarme sola.

BLANCA, CLARA Y DIANA

Pero no vas a estar sola.

ALBA

Todos me han dejado. Todos. Mi papá, mi mamá, mi marido...

(Llora)

Y mis hijas. ¿Por qué? ¿Por qué?

BLANCA

Todo mundo se muere, hija.

ALBA

"Todo mundo se muere, hija" me decía mi mamá. "Llora, Albita" me decía, "es lo normal". Pero igual no es justo. ¿En qué ayudan las lágrimas? En nada. Y menos cuando se pierde a todo mundo. Que fácil para ella que no supo lo que es perder a una hija. Ella que se murió antes de que naciera y se muriera su segunda nieta, antes de ver paralizada en una cama a la primera. Que fácil para ella que en los últimos años tejía y destejía su bola de estambre, esperando, sin darse cuenta de que el estambre era el mismo cada vez... Ella sólo seguía tejiendo. Lista para lo que fuera. "Todo va a estar bien" me dijo días antes de morir, "yo no te voy a dejar". Pero me dejó. Todos me han dejado.

Alba llora nuevamente.

BLANCA

(Acercándosele, apenada)

Perdóname, hija. Perdóname, Alba. Debí haberte explicado de qué manera iba a seguir contigo. Pero no quería ver cómo aguantabas el llanto, mi amor. No quería ver cómo te hacías la fuerte sabiendo que por dentro te deshacías.

CLARA

La Abuela está apenada.

Alba niega con la cabeza. La respiración de Clara se agita y se lleva la mano al pecho. Diana se sienta junto a ella y la abraza.

CLARA (continúa)

Dice... que... se da cuenta de lo que piensas sólo con verte los ojos. Y que todavía puede oírte llorar en la cocina.

ALBA

¡No es justo! Yo no he visto las plumas esas. A mí se me han muerto cuatro cachos del corazón y no he visto ni una sola pluma de Ángel. ¿Por qué, Clara? ¿Por qué? ¿Por qué tú las ves a ellas? A mí ni mi marido me visita.

BLANCA

Tú te desconectas, Alba. Mija, cuando te haces la fuerte te desentiendes de la muerte, del dolor. Te pierdes el momento. Por eso no has visto las plumas...

(MÁS)

DIANA

Por eso no puedes vernos, mamá. Nunca has querido darte cuenta de que no porque alguien muera te abandona. Tú nos has sacado de tu mente.

Alba mira a Clara, esperando una respuesta.

CLARA

(Respirando con dificultad)

Yo... perdí mucho de papá... cuando el accidente; muchos recuerdos... y tú... tú te esfuerzas por no pensar en él.

Alba niega, apenada, y llorando se hinca junto a la cama de Clara. Blanca vuelve a colocarse tras la cabecera.

ALBA

(Llora suplicante)

No, mi amor. Por favor, no, Clarita. No te vayas tú también. No me dejes sola.

DIANA

Nunca estarás sola.

BLANCA

Nunca has estado sola, hija.

Clara le sonríe a Diana y asiente. Diana coloca su mano sobre la cabeza de Alba, que al sentirla se sorprende.

ALBA

 Qu  pasa?  Qu  fue eso?  Ellas est n...?

CLARA

S , aquí.

(Pausa, tosiendo)

Está bien llorar, mami. Es lo normal. Pero tú nunca estarás sola. Nunca... La esperanza no muere, los  ngeles no est n enfermos. Est n aquí. Siempre. Duele...

(Pausa, deja de toser)

La vida... La vida se acaba. Pero eso no quiere decir que no podamos disfrutarla. T  no la disfrutas, mamá. Apenas la vives, aquí encerrada esperando que la vida se acabe... que mi vida se acabe.

Clara se aprieta con más fuerza el pecho, respira profundo, le duele.

CLARA

Quiero que llores, mamá. Quiero que veas las plumas. No... te preocupes... mamá. Siem... siempre hay una primera vez. Son hermosas. Yo estaba equivocada, mamá. No puede ser un mal sueño. No, es un regalo, Alba. Es un regalo, mamá.

ALBA

(Llorando aterrada)

No, hija, no. Por favor. Todavía no.

CLARA

No tengas miedo, Alba. Sabíamos que podía pasar en cualquier momento.

(Pausa, tose mucho)

Es... Estoy...

Clara no deja de toser, se aprieta mucho más el pecho, su respiración es casi nula. Blanca le pone la mano en la cabeza y Diana la abraza con fuerza. Clara tose más y más. De pronto, deja de respirar. Comienza a asfixiarse, mira en todas direcciones. Alba, desesperada le aprieta la mano sin saber qué hacer. La expresión de Clara se tensa sobremanera y, finalmente, se relaja y la mano en su pecho cae a la cama. Diana deja de apretarla, Blanca retira su mano de la cabeza de Clara y Alba llora.

ALBA

¡No, Clara, no! ¿Por qué? ¿Por qué se van?

Alba se levanta y comienza a salir muy lentamente. Clara yace en la cama, muerta. Diana y Blanca se colocan en distintos puntos de la escena, observando a Alba. Clara abre los ojos y se levanta. Dejando la cama destendida, se mantiene de pie observando a su madre, que comienza a recoger la comida y los trastes regados, llorando..

BLANCA, CLARA Y DIANA

(Cantando)

La manzana está en el árbol,
en el árbol la manzana.
No me pidas que la corte,
yo te traigo tres mañana.

La manzana está tan roja,
tan hermosa la manzana,
si me pides que la corte,
lloraré una semana.

Ven juguemos en el pasto,
ya no veas esa manzana.

(Más)

(MÁS)

BLANCA, CLARA Y DIANA (continúa)

Ella sola se caerá
cuando ya no haya mañana.

La manzana está en el árbol,
en el árbol la manzana.
No me pidas que la corte,
yo te traigo tres mañana...

*En el reloj suena la campanada de la una. Alba
cada vez llora más y más mientras recoge muy lento
todo lo que está regado en el suelo. Cuando tiene
todo se detiene y voltea a ver la cama vacía.
Siempre llorando.*

CLARA

(Sonriente)

Así, mamá. Lloro. Lloro todo lo que no has llorado...
Disfruta tu vida.

*Al escucharla, Alba se sobresalta y voltea a
verla, la ve, luego a Blanca y a Diana. Comienza a
reír, entusiasmada y deja caer los trastes. Sobre
ella comienzan a caer plumas blancas. Alba levanta
la vista al cielo, levanta los brazos. Sonríe
embelesada al tocar las plumas blancas.*

Lento Oscuro Final.

Aureliano Castillo León